

47/2017

01 de mayo de 2017

*Jacobo Morillo Llovo**

Israel y Trump: a la espera del
actor ambivalente

Israel y Trump: a la espera del actor ambivalente

Resumen

Oriente Próximo siempre ha tenido valor por su posición geoestratégica, razón por la cual ha sido ansiado por cada imperio y potencia a lo largo de su historia.

Desde 1948, con el Estado hebreo oficialmente declarado, la efervescencia en la región ha sido una constante por la ausencia de un Estado palestino. Con sinfín de acuerdos caídos en saco roto a finales del siglo pasado, las relaciones entre los árabes e Israel han supuesto una tensión constante.

Tras las políticas bipolares de las Administraciones George W. Bush y Barack Obama falta por ver qué estrategia está en la agenda del nuevo Gabinete de la Casa Blanca.

Israel ha sido siempre un aliado de primera línea en la diplomacia norteamericana; aún después de alejarse con la última Administración demócrata, el nuevo jefe de Estado norteamericano buscará mantener una relación beneficiosa con los hebreos al mismo tiempo que —por sus declaraciones— en los asuntos de Oriente Próximo la prioridad es el enfrentamiento con el Estado Islámico (ISIS).

Aún sin estar definida la hoja de ruta en política exterior de la neófita Administración republicana, las guerras en Siria e Irak, el ISIS y el efecto del pacto nuclear de Occidente con Irán ocupara la agenda mutua entre ambas potencias, más aún cuando los dos gabinetes no han dado muestra alguna de querer inmiscuirse en temas propios más punzantes.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Abstract

The Middle East always has been a hot spot on the human history. The location gives the region a strategy power yearn for every important empire or power of each time.

Since 1948, with the Hebrew state officially declared, Middle East has become a continue nest of issues which have been a matter of international relevance because of the Palestinian's state claim.

After the last two bipolar US administration policies George W. Bush and Barack Obama both, is unclear how Trump's administration agenda will proceed in the international affairs.

Israel has always been a main ally of US, after cold the relationship with Obama's administration, the new governing will to keep a worthy bond with the Hebrew nation — after Trump's declarations— to handle Middle East matters in the war against terrorism. Even with no clear roadmap on international affairs, the civil war on Syria and Iraq, ISIS and Iran's will fill up the foreign agenda of the republican administration.

Palabras clave

Oriente Próximo, Estados Unidos, Palestina, Israel, conflicto, hebreos, árabes, musulmanes, judíos, Tierra Santa.

Keywords

Middle East, United States, Palestine, Israel, Conflict, Hebrew, Arab, Muslim, Jews, Holy Land.

Introducción

Tras dos Administraciones estadounidenses tan opuestas, está por rubricar la hoja de ruta que estipulará el presidente Trump y su gabinete republicano para recuperar la cercanía diplomática con Israel¹; y obviamente, lo que conlleva por ello la causa palestina —asunto eternamente casado al Estado judío— en la agenda del Despacho Oval.

Sus antecesores no podían haber tomado políticas más distantes entre sí: George W. Bush, con una Administración repleta de «halcones» neoconservadores² marcaron una pauta proisraelí determinada a respaldar al ejecutivo judío.

Por su parte, el presidente Barack Obama se mostró crítico con la inflexibilidad política y dureza militar del Gobierno israelí a lo largo de sus dos legislaturas. Sus dos secretarios de Estado, primero Hilary Clinton, más tarde John Kerry, se postularon para dar la oportunidad a israelíes y palestinos moderados de alcanzar un acuerdo final que garantizara la creación de un Estado palestino soberano. Todo ello resultó en vano dada la tendencia ideológica en el parlamento israelí y la competencia islamista que encaraba la Autoridad Nacional Palestina en el frente político.

La disyuntiva contante, origen de la dureza negociadora de Gobierno israelí, procede de su visión estricta de la situación política palestina: tienen dificultades reales para diferenciar al ala moderada, la Autoridad Nacional Palestina (ANP), con el radicalismo islamista de Hamas³. Más aún cuando el escepticismo del *Likud* y el de sus socios se ha dilatado, propiciado por la reconciliación política de ambos órganos palestinos tras años de confrontaciones⁴.

¹ «Con esta reunión, Estados Unidos reafirma el vínculo irrompible con nuestro aliado israelí [...] Nuestra alianza se basa en nuestros valores compartidos», así comenzaba Donald Trump la rueda de prensa en la Casa Blanca con Benjamín Netanyahu a su lado el pasado 15 de febrero.

² Donald Rumsfeld (secretario de Defensa), Colin Powell (secretario de Estado), Dick Cheney (vicepresidente), Condoleezza Rice (consejera de Seguridad Nacional).

³ Hamas es considerada organización terrorista por Estados Unidos e Israel, no por la Unión Europea, que la borró de su lista negra en 2014.

⁴ A pesar de haber firmado el pacto que dio lugar al Frente de Unidad Nacional, existen enormes diferencias entre Hamas y la ANP. De hecho, dada la situación extrema de Gaza, la popularidad de Fatah se ha ido desgastando y son cada vez más los palestinos que aprueban la acción extremista de Hamas, ya que ven que la vía pacífica los mantiene bajo bloqueo en la franja y encerrados en Cisjordania. Incluso el líder de Fatah en Gaza, Mohamed Dahlan, es cada vez más próximo a Hamas.

Históricamente el Partido Republicano de Estados Unidos ha tenido más empatía política con los Gobiernos israelíes, especialmente los de la derecha⁵. El Partido Demócrata se ha centrado más a lo largo de su historia en apoyar un acuerdo definitivo, tal y como hizo Bill Clinton durante los años 90. Por otro lado, Barack Obama —que ya de por sí prestó menos atención a los asuntos de Oriente Próximo que sus antecesores para centrarse en el sudeste asiático— mantuvo una distancia significativa, consciente de no romper con la mecánica de la alianza entre ambos países hilvanada a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado.

Un conservadurismo que une

La situación actual para el Gobierno israelí va en la dirección que interesa: la comunidad internacional tiene otra agenda de prioridades; una que involucra a actores que son, o han sido, enemigos declarados de Israel, pero sin apuntar como antaño a esta última.

La política defensiva-agresiva y aislamiento militar israelí ha fortalecido, y fortalece, a su ala derecha política⁶ —que capitaliza la seguridad ante todo— y que sale más fortalecida cada legislatura. A esto hay que sumarle la decadencia de la izquierda israelí en el *Knesset* (Parlamento judío), que lleva más de una década sin tener esa fuerza política pretérita que gobernó prácticamente las primeras cuatro décadas de la historia del país⁷.

Este afianzamiento político de la derecha conservadora hebrea —la misma que abraza el radicalismo⁸— puede facilitar las relaciones entre Estado Unidos e Israel, dado que

⁵ Estadistas como Henry Kissinger o Paul Wolfowitz, ambos judíos, al igual que los nombrados líneas más arriba, fueron grandes pivotes diplomáticos de las relaciones entre ambos países y postularon una línea dura pero con esperanzas de alcanzar la paz. En el extremo está la vertiente de académicos como Richard Perle o Douglas Feith que proponían el cambio radical de las políticas de Clinton, y cerrar cualquier vía al Estado palestino. [SHLAIM, Avi. *El Muro de Hierro*. 2003].

⁶ Las características del sistema parlamentario han propiciado el aumento de poder político de la derecha ortodoxa y revisionista judía. Los últimos Gobiernos, que han tenido como cabeza a Netanyahu, han obligado a este a forjar alianzas con las agrupaciones más conservadoras del *Knesset*.

⁷ La izquierda israelí, a través del Partido Laborista, ha sido siempre el brazo político más dispuesto a buscar una solución final para la causa palestina, quedó demostrado durante los acuerdos de Taba en el 2000, bajo la legislatura laborista del primer ministro Barak, quien se excedió en unas concesiones nunca antes ofrecidas, pero que fueron rechazadas por Arafat.

http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2013/DIEEEE084-2013_AcuerdosOslo_20_AnosOportunidadesDecepciones_DRajmil.pdf.

⁸ «Tienen que morir y sus casas deben ser demolidas. Ellos son nuestros enemigos y nuestras manos deberían estar manchadas de su sangre. Esto también se aplica a las madres de los terroristas». Palabras de Ayelet Shaked, actual ministra de Justicia.

sus tendencias pueden anclar la base ideológica desde la que preparar un programa conjunto basado en su mutuo conservadurismo⁹. Además, enemigos comunes pueden urgir a aunar estrategias de defensa, tal y como ha sucedido en el caso de Irán. El presidente Trump ya ha comentado que pretende aumentar el presupuesto militar¹⁰. Si esto se hace realidad Israel puede convertirse en un aliado todavía más asiduo y presente en la política de defensa de Washington, ya que el país judío es una de las naciones especializadas en el desarrollo de tecnología puntera¹¹.

Asimismo, la seguridad y la defensa son dos valores muy preponderantes tanto en Israel como en Estados Unidos, si a esto se le suman dos Gobiernos derechistas al frente, las prioridades políticas de ambos países tienen sumas probabilidades de coincidir. Ambos partidos conservadores mantienen una conciencia de intereses nacionales basada en la fuerza militar y económica, patrones comunes que pueden llevar a muscular los vínculos entre los países¹², y a recuperar unas relaciones distantes durante las últimas legislaturas demócratas.

Empero, ha de resaltarse que, más allá de los nuevos pactos y acuerdos que puedan firmar los dos Gobiernos, la alianza entre Israel y Estados Unidos ha sido más sólida que la visión política de cada uno de sus ejecutivos. Así lo rubrican sus acuerdos en comercio e industria armamentística, pilares en los que se ha forjado una dinámica alianza que no ha visto interrupciones, incluso en los momentos sin idiosincrasia política¹³.

Atendiendo a la obviedad de que las ayudas y acuerdos no pueden ser recíprocos, Estados Unidos tiene a un aliado al que le unen aspectos estratégicos y sociopolíticos, imposibles de encontrar en otro país de la región. Ya desde los inicios del Estado judío,

http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2016/DIEEEM01-2016_Palestina_Israel_AlENTOSAVIDAL.pdf.

⁹ En las elecciones de 2012, el presidente Netanyahu dio muestras de apoyar al rival de Barack Obama, el republicano Mitt Romney.

¹⁰ https://www.nytimes.com/2017/02/27/us/politics/trump-budget-military.html?_r=0.

¹¹ En 2016 Israel fue el país que más invirtió en I + D (4,2 % del PIB); en cuanto a patentes, se firmaron 249,20 por cada millón de habitantes. Así se quedó refutado durante la rueda de prensa en la Casa Blanca: «Espero empezar a tratar contigo todos los temas, los que sean: seguridad, tecnología[...]»

<http://www.lavanguardia.com/tecnologia/20160618/402597185310/israel-emprendedores-startups-silicon-wadi.html>.

¹² «Israel no tiene mejor aliado que Estados Unidos, y puedo asegurar que Estados Unidos no tiene mejor aliado que Israel», así marcaba la importancia de las relaciones el primer ministro israelí a Donald Trump durante la rueda de prensa de la Casa Blanca el 15 de febrero de este año.

¹³ Barack Obama y Benjamín Netanyahu mantenían las distancias, las posturas eran divergentes en muchos puntos, pero eso no impidió que firmaran el mayor acuerdo militar de la historia del coloso norteamericano: un lote en materia de seguridad y defensa con un valor 38.000\$ para la próxima década (se firmó el verano de 2016).

el padre de la nación, Ben-Gurión, se esforzó por priorizar los vínculos con la potencia estadounidense¹⁴, atendiendo a esa necesaria alianza.

A partir de este historial, Donald Trump tendrá que fraguar unas relaciones diplomáticas sólidas con una perspectiva, cuanto menos, regional. Será fundamental que el nuevo Gobierno de Washington encarrile a Israel en la política internacional pertinente con la delicadeza de no ofender a aliados árabes por la presencia de un Estado al que no todos reconocen y al que muchos rechazan.

Trump y la opacidad de su programa

Cuando se habla de las relaciones con el Gobierno judío, no se puede regatear el asunto palestino: la simbiosis territorial, social y política con este pueblo es innegable, sobre lo que Trump declaró: «Deben reconocer a Israel», a la vez que señalaba responsabilidades y roles, incluido de EE.UU. «Estados Unidos impulsará la paz con los palestinos, pero son las dos partes involucradas las que deben realmente alcanzarla. Ambos frentes deben hacer compromisos». Así se posicionaba el recién investido presidente en la rueda de prensa de la Casa Blanca.

Se han dado declaraciones, se han producido encuentros, y se han nombrado asesores. Todo ello puede dar una idea sobre la perspectiva que se tiene programada¹⁵, sin embargo, no se ha definido con consistencia la política exterior de bitácora que seguirá el ejecutivo en referencia al Estado judío; tampoco sobre la cuestión palestina. Las declaraciones han sido muy ambivalentes, más propias de un discurso de iniciación que de una determinación forjada en una estrategia ya decidida¹⁶.

No obstante, el recién investido presidente norteamericano ha creado con sus discursos —ya desde su candidatura— gran expectación entre la población israelí, que ve en el nuevo mandatario una figura que puede revertir la situación de distanciamiento que los israelíes dicen haber sufrido durante las dos legislaturas de Barack Obama.

¹⁴ SHLAIM, Avi. *El Muro de Hierro*. 2003.

¹⁵ Trump ha nombrado a David Friedman embajador en Israel, abogado que apoya el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén, y que también respalda la política de colonización judía mediante los asentamientos; el nombramiento de su yerno, Jared Kushner, como consejero en Oriente Próximo, quien ha donado dinero para los asentamientos.

<https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/eastern-mediterranean/israelpalestine/can-trump-and-netanyahu-make-progress-toward-ultimate-deal>.

¹⁶ <https://www.youtube.com/watch?v=boZZEGFJBik>.

Queda como ejemplo el gesto político de Donald Trump —rebosante de simbolismo— de anticipar una posible relocalización de la embajada estadounidense a Jerusalén; palabras que han dado pie a pensar dentro de la comunidad israelí que de nuevo hay un aliado en Washington, alguien que no pondrá impedimentos a la política gubernamental de asentamientos. «La elección de Trump llenó de expectativas a los políticos de Israel [...]. Tras ocho años de una política dura por parte de la Administración Obama esperan un cambio», comenta un antiguo diplomático residente en Israel.

Como ya se ha mencionado, el respaldo del Partido Republicano a los recientes Gobiernos de Israel ha sido más histórico que el de su rival político. No obstante desde el siglo pasado la influencia en la política estadounidense de su comunidad judía ha sido constante. El mayor exponente está representado en el AIPAC (Comité de Asuntos Públicos entre Estados Unidos e Israel), un grupo de presión con gran influencia por el apoyo popular judío-estadounidense que profesa.

Israel ha aprovechado la coyuntura política de la región en todo Oriente en el momento que no es un actor protagonista del tablero: ha criticado visceralmente el pacto con Irán, al mismo tiempo que ha encontrado reposo en las guerras que asolan a los países que siempre le han supuesto una amenaza.

Ha sido común entre los estadistas —entre ellos el antiguo secretario de Estado, John Kerry—, señalar el conflicto palestino-israelí como el epicentro del polvorín que ha sido siempre Oriente Próximo. Sin embargo, desde 2011, algo ha cambiado: la concatenación de las revueltas en diferentes países árabes ha dejado patente que en esta región hay algo más tenso que únicamente la causa palestina; una historia con una memoria que no olvida los pactos de Sykes-Picot y sus consecuencias. Unas que aún perduran.

Haya sido o no —la palestina— una causa capital, la situación en la región es eruptiva y en la corte internacional las conversaciones de paz entre palestinos e israelíes han pasado a una de las últimas hojas de su agenda: tras el auge del ISIS, de la guerra civil en Siria, la inestabilidad en Irak y de las revoluciones fallidas en Libia, Egipto o Yemen, el mundo encara problemas ecuménicos; consecuencias globales que han llegado a varias capitales de Occidente a lo largo de este siglo, y que han hecho del futuro palestino un asunto sin prioridad.

En medio de este caldo de cultivo —con la ya mencionada política distante de la Administración Obama en Oriente Próximo¹⁷— Israel no ha sufrido esa presión constante de antaño por parte de Estados Unidos y organizaciones internacionales por su estrategia de yugular los propósitos palestinos. Las potencias y los órganos intergubernamentales llevan centrados en otra partida que ya dura más de un lustro. Desde la unificación de Crimea —momento en el que se fracturó la estabilidad diplomática con Rusia— un eco de la Guerra Fría ha tomado la atmósfera global, donde encontrar la manera de contrarrestar la influencia de Putin ha llevado más tiempo de lo que se creía; igual que radicar la expansión del terrorismo yihadista del ISIS o de buscar una solución para los refugiados¹⁸. Todo ello sin dejar de mirar de reojo a unas guerras de Siria e Irak en las que el realismo político ya vaticinaba la obligación de intervención conjunta.

El Gobierno israelí tiene nula intención de sentarse en la mesa de negociaciones con los representantes palestinos para hablar sobre un posible futuro Estado soberano¹⁹. Solo hay que analizar a cada uno de los miembros del Gobierno que ha formado Benjamin Netanyahu para intuir que no hay objeto de facilitar el programa de «los dos Estados» tan omnipresente durante otras legislaturas, y tan insistentemente defendido por las pretéritas Administraciones demócratas de EE.UU. Netanyahu no quiere sentarse a negociar por el beneplácito de un vecino que considera terrorista; quiere a un presidente de la Casa Blanca que ni se lo proponga, y si lo hace, espera tener la relación y unos acuerdos lo suficientemente consistentes para poder rechazar la propuesta con el mejor argumento revisionista.

El tiempo está del lado israelí, y Netanyahu lo sabe. Es consciente de que mientras vaya aprobando el avance de los asentamientos paulatinamente no va a ponerse en jaque ante órganos internacionales o Donald Trump. El Gobierno demócrata fue duro

¹⁷ A pesar de que el Gobierno de Obama ha estado más centrado en el sudeste asiático, el secretario de Estado, John Kerry, intentó reanimar las conversaciones pero estas estaban frustradas desde el momento de iniciarse: el acercamiento entre Hamas y Al Fatah en 2013 supusieron un importante escollo por ambas partes para sentarse a negociar, ya que por el lado palestino Hamas continuaba con la idea de destruir el Estado de Israel. A partir de ahí todas las propuestas de paz morirían antes de nacer; más aún cuando un año después estallaría la operación *Margen Protector*.

¹⁸ La Unión Europea pactó en su momento un plan para la contención de refugiados sirios con Turquía. La ONU interviene —a través de ACNUR— en lo referente a los refugiados en Jordania, que alberga a casi un millón. El Líbano es también otro foco de concentración de refugiados.

¹⁹ En la rueda de prensa tras su encuentro con Donald Trump, Benjamin Netanyahu dio un discurso sobre el derecho del pueblo judío en la tierra de Israel. Además de asegurar que «no se sentaría a negociar hasta que los palestinos reconocieran el derecho del pueblo hebreo».

en críticas con Israel, pero sin dar un giro radical a las relaciones²⁰: la Administración Obama simplemente se alejó una vez que vio la dinámica sorda de las dos posturas enfrentadas entre israelíes y palestinos.

Para Netanyahu el peor político como mayor aliado ya habría acabado su mandato el 20 de enero. Ahora la historia dicta por lógica ideológica que el nuevo mayor aliado de Israel esté representado por un individuo más estático y receptible respecto a la causa palestina y los asentamientos²¹.

En la Administración entrante está por ver qué espacio ocupa en la agenda de prioridades de los republicanos la aproximación negativa que Netanyahu y su Gobierno están labrando dentro de sus fronteras. Donald Trump ha subrayado la alianza histórica con Israel, pero por el momento solo ha hecho honor a esa unión con palabras. Oriente Próximo brindará al nuevo presidente la oportunidad de demostrar su postura diplomática en el momento que la tensión se dilate.

«Trump aún no ha decidido una política exterior» comenta un antiguo diplomático latinoamericano arraigado en Israel. «Aparte de la promesa sobre mover la embajada de Estados Unidos [a la ciudad santa], es muy temprano para poder determinar cuál será la política norteamericana».

El significado del pacto nuclear con Irán

Un elemento que no se debe pasar por alto es el coyuntural, algo que afectará al ritmo de las reuniones y acuerdos, contactos y cesiones: Oriente Próximo es un tablero con jaques constantes, donde las alianzas, tras 6 años de guerra y revueltas, parecen estar definidas, pero con la cantidad de frentes abiertos los actores involucrados pueden diluirse en ellos.

Como Gobierno con el potencial más determinante del globo, la Administración Trump mantiene una incógnita general con respecto a Israel a excepción de líneas sueltas en declaraciones puntuales. El hecho de que el nuevo ejecutivo se haya desmarcado del

²⁰ Israel no perdonó a Obama el voto de abstención de Estados Unidos en la ONU que dio categoría de Estado miembro observador a Palestina en noviembre de 2012. Como réplica, Obama vio como los esfuerzos del presidente Netanyahu por frustrar el pacto nuclear con Irán le llevaban a dar un discurso en el mismo capitolio de Washington.

²¹ A principios de este año el Parlamento israelí aprobaba la Ley de regulación de *Outpost* para legitimar los asentamientos en territorio palestino. A día de hoy no se sabe cuál va a ser la actitud de Trump y su Administración en cuanto este asunto llegue a manos de la Corte Penal Internacional.

clásico *establishment* alberga grandes reservas, todo ello añadido a las incógnitas que rodean al personaje apolítico que es Donald Trump.

Bajo esta situación, Israel —aliado estratégico y perenne de Washington— y su Gobierno conservador esperan que las promesas de campaña dadas por el ejecutivo estadounidense se hagan realidad.

Mucho tendrá que ver la calidad de las relaciones de Jerusalén con Washington en cómo de reales sean las líneas citadas públicamente por Donald Trump sobre el pacto nuclear con Irán firmado por su predecesor. «Uno de los peores acuerdos que he visto», decía en referencia a dicho pacto. Todo parece indicar que esta cuestión se convertirá en una de las piedras angulares en las relaciones, más si cabe tras las palabras del presidente.

A día de hoy se desconoce hasta qué punto el nuevo ejecutivo puede desmembrar los acuerdos estipulados por su precursor. No obstante, es un tema que si sigue adelante con toda la certeza va a empapar las relaciones entre ambas naciones.

Dentro de todos los escollos de seguridad que Israel y su Gobierno vislumbran, el programa nuclear de Irán es el asunto primordial, por ser —bajo el prisma hebreo— la mayor amenaza para el Estado judío. Se unirá a cualquier proyecto que suponga debilitar la capacidad armamentística del que considera su más letal amenaza; y la Administración Trump, si se hacen eco de sus propias palabras, ejecutará una postura agresiva tanto en su estrategia como en su táctica, una práctica adueñada por Israel desde el nacimiento de su Estado.

Cabe recordar que hasta 1979, bajo el sah Mohammad Reza Pahleví, fue aliado de Occidente, inclusive de Israel, de hecho, fue una de las razones por las que fue derrocado. Sin embargo, con el éxito de la revolución islámica, Irán pasó a ser un enemigo declarado; de hecho, el Ayatolá Jomaini abogó por la destrucción del Estado judío. A partir de ahí las relaciones solo fueron empeorando. Fue tal la metastasis de las relaciones que Irán fue incluido en el llamado «eje del mal» por la Administración de George W. Bush.

La historia siempre ha demostrado lo fuerte que une a dos naciones un enemigo común: Irán puede convertirse en la razón que usen tanto Israel como Estados Unidos para desplegar una estrategia «defensiva» en su beneficio, una tendencia volitiva muy propensa en nacionalismos centrifugos. Según el académico israelí especializado en las relaciones bilaterales, Eytan Gilboa, la Administración Obama dejó un vacío de

poder en Oriente Próximo, lo que ha supuesto el aumento de presencia rusa en la región; es por eso que varios países árabes ansían que el nuevo gabinete muestre la presencia que el partido demócrata estadounidense no tuvo²².

Empero, atendiendo a cómo está el estadio de las relaciones internacionales, habría que atender a las relaciones entre el país persa y Rusia, dado que en los últimos años esta última ha retomado su ego de potencia regional. Si los bloques de poder y las potencias no miden bien su estrategia, el simulacro de Guerra Fría que vive Oriente estos días podría extenderse en tiempo y en espacio.

Conclusiones

La clave de la nueva jefatura de Gobierno va a estar en el papel que quiera darle Donald Trump al país que ahora lidera. Su tendencia a expresar discursos aislacionistas intercalados con párrafos inmersos en relaciones internacionales hace difícil concretar la estrategia que el jefe de Estado tiene pensado implantar en su Administración.

Oriente Próximo está lejos de encontrar la paz. Excedido en actores involucrados, los frentes se fraccionan y se diluyen antes de poder señalarlos. A pesar de las incógnitas que pesan sobre el nuevo residente de la Casa Blanca, Estados Unidos va a seguir siendo la potencia mundial. No va a voltear sus pirámides diplomáticas ni a inmolar sus cimientos estratégicos en una legislatura; y en este caso, con Israel, es todavía menos probable dada la afinidad nacionalista de los dos Gobiernos.

No obstante, está por ver si Estados Unidos otorga más presencia en la mesa de negociaciones a Israel²³. En la era de la globalización todo es más efímero, incluso un conflicto tan perenne como el que libran palestinos e israelíes desde hace casi siete décadas: es tal el número de tensiones y fretes solapados en Oriente Próximo que la causa palestina ha rebajado su presencia en los tabloides. A día de hoy las noticias sobre Israel o Cisjordania tratan de los nuevos asentamientos y de atentados a cuchillo;

²² GILBOA, Eytan. «Reassessing American Interests in the Middle East». *The Jerusalem Report*. 12/12/2016.

²³ «Por primera vez en mi vida, por primera vez en la historia de mi país, naciones árabes de la región [en referencia a Oriente Próximo] no ven a Israel como un enemigo, sino como un aliado; y creo que bajo tu liderazgo [el estadounidense] en cambio da una oportunidad para fortalecer la seguridad y la paz». Así expresaba su interpretación de la diplomacia en la región oriental el primer ministro israelí en la rueda de prensa en la Casa Blanca.

mientras las portadas las llenan hoy los temas de terrorismo, guerras, y actores sirios, iraquís, turcos y kurdos.

En lo referente al conflicto palestino-israelí, esta situación regional supone realmente un estancamiento para la causa: la presencia mediática fue antaño una herramienta de presión sumamente eficaz para juntar en la misma sala a los líderes de ambas comunidades.

En la coyuntura histórica bilateral cada firma de estos acuerdos ha contado con la diplomacia y la intervención de las diferentes Administraciones estadounidenses. Un patrón diplomático continuista que en los últimos tiempos parece haber sido eclipsado por las intervenciones militares de Iraq y Afganistán.

Ahora es el turno de la Administración republicana, que a pesar del panorama regional, no puede, cuanto menos, evitar un leve gesto de propuesta para sentar a las partes. Incluso cuando la situación política y social está más tensa que cuando se firmaron los primeros acuerdos de Oslo: el bloqueo de Gaza, las implicaciones del muro en Cisjordania y, sobre todo, los asentamientos, obligan a implicar a alguien con verdadero poder de influencia y presión.

Donald Trump pidió en la reunión de Washington al dirigente hebreo que paralizara los programas de construcción de colonias judías futuras, algo a lo que Netanyahu ha accedido²⁴. Está por ver qué pedirá a cambio el líder judío, que tendrá que convencer de su estrategia a las facciones más radicales del Gobierno, para no poner en peligro su mandato.

Por el momento, tras las declaraciones de ambos, queda patente que unas conversaciones de paz entre palestinos e israelíes son improbables; no obstante, habrá que atender a la evolución de la hoja de ruta de la Administración Trump en Oriente Próximo: el papel de la matriz diplomática estadounidense puede prevalecer o menguar, pero no desaparecer.

Estados Unidos es el mayor aliado de Israel, y esta última es el mejor socio estratégico que tiene Washington en la región. Una región que lleva sufriendo guerras década tras década. Ambos Gobiernos saben que no va a encontrar aliados mejores, y esta vez tienen las mismas prioridades políticas y, en teoría, el mismo patrón conservador. A

²⁴ <http://www.haaretz.com/israel-news/.premium-1.780641>.

pesar de la precocidad, parece probable que la alianza solo tenderá a mejorar a medida que Donald Trump se vaya acomodando al cargo.

*Jacobo Morillo Llovo**
Periodista investigador freelance